

CHIAPAS EN LA TORMENTA

Con todas las fuerzas de la historia se levantan Los pueblos originarios

PUNTO FINAL, SANTIAGO, MARZO DE 1994.

El historiador Luis Vitale –junto con el equipo del Instituto de Investigaciones “Pedro Vuskovic”- ha escrito un trabajo sobre los orígenes del levantamiento indígena de Chiapas. El documento –titulado “Con todas las fuerzas de la historia”- incluye una síntesis de las rebeliones indígenas de México, basada en los nueve tomos de la Historia General de América Latina de la que Vitale es autor. PF publicará –en esta y la próxima edición- un resumen de este trabajo, cuyo texto completo puede ser solicitado directamente al autor.

A la memoria de Amparo Ochoa y en el centenario de Mariátegui, pionero en la comprensión marxista de los pueblos originarios.

Articulistat con diferentes ópticas han abordado los días de Chiapas que “conmovieron al mundo”, como dijera John Reed de la histórica Revolución Rusa de 1917. Trataremos de complementar esos análisis buceando en la historia el por qué de la fuerza de la insurrección popular de los chiapanecos y, al mismo tiempo, transmitir un mensaje (no tan subliminal) a los partidos tradicionales de izquierda: lo de Chiapas es quizá la “última advertencia” para que tiren por la borda su lastre eurocéntrico, que con su reduccionismo de clase los condujo a estar de espaldas a las reivindicaciones étnicas de los pueblos originarios.

Lo de Chiapas forma parte de un proceso global de resurgimiento de las luchas indígenas y populares. Se ha expresado en las últimas décadas a través de su participación en las primeras fases de la revolución nicaragüense, no después de la equivocada táctica del Frente Sandinista respecto de los miskitos y otras etnias. También en la prolongada lucha armada de Guatemala, país con más de 60% de población de origen indígena; en menor medida en El Salvador, a pesar de ser más correcta la política del Frente Farabundo Martí respecto de las etnias. Este resurgir de los pueblos originarios se refleja, asimismo, en Colombia, donde no sólo hacen presencia en las guerrillas sino que lograron, con una nutrida delegación autónoma en la Asamblea Constituyente de hace dos años, que se cambiara la Constitución, transformando a Colombia en Estado multiétnico, el segundo de América Latina después de la Nicaragua revolucionaria.

Los aborígenes ecuatorianos están en rebeldía desde que bloquearon las carreteras y ocuparon pueblos en 1989, hasta el reciente paro nacional de protesta (8/2/1994) encabezados por un liderazgo muy joven, entre 20 y 30 años, fenómeno que se está dando en casi todos los actuales movimientos indígenas, y que se observa claramente en Chiapas donde, según el subcomandante Marcos, el promedio de edad es de 21 años. El ascenso de los “hombres y mujeres de la tierra” se da también con los quechuas y aymarás en Bolivia y Perú, donde es evidente que Sendero Luminoso sobrevive gracias a su base social indígena. Tampoco Chile escapa de este renacimiento, donde los mapuches dicen otra vez “presente” al legendario Lautaro, planteando con meridiana claridad que están dispuestos a conversar con los huincas sobre la base de que se les reconozca su carácter de pueblo-nación o nacionalidad dentro del Estado chileno.

LA CULTURA MAYA: CUNA DE CHIAPAS

La cultura maya abarcó los actuales territorios de Yucatán, Campeche, Chiapas, Tabasco, Petén, Monte de Guatemala, Honduras y Belice. Una de sus principales ciudades, Tikal, era un centro

ceremonial; otra, Copán, famosa por su avanzada astronomía y exactitud de calendario. Los mayas lograron un óptimo manejo del bosque desde el punto de vista ecológico, practicando el cultivo itinerante a causa de la pobreza del suelo. La ciudad Bubaatún, de 50mil habitantes, era epicentro de un vasto sistema regional de mercado, donde llegaba obsidiana, jade y plumas de gallo quetzal. Poseían un sistema especial para almacenar agua, los cenotes, grandes pozos donde se juntaba agua por filtración.

Los mayas inventaron una forma de escritura de tipo ideográfico, elaboraron códices hechos en papel especial (amate), en los cuales, a pesar de la quemazón de los españoles, se conservan algunos textos en maya-quiché, como los libros del Chilán Balam y Popul-vuh o “Libro del Consejo de la Comunidad”. Fueron de los primeros en la historia universal en crear el número cero, que siglos más tarde fueron incorporado a la civilización europea, vía árabes. Y un calendario más perfecto que el juliano, de origen europeo.

El imperio azteca profundizó las desigualdades sociales, generando la primera sociedad embrionaria de clases, al igual que los incas. Inauguraron un nuevo modo de producción que algunos autores han definido como “modo de producción asiático”, asimilándolo al estudiado por Marx respecto de la India antigua –que quebró la concepción unilineal de la historia- y que se caracteriza por la exigencia de un embrión de Estado, dirigido por castas sacerdotal y militar, sin poseer propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y una comunidad-base que sigue teniendo la posesión colectiva de la tierra y continúa siendo la principal proveedora de la sociedad. Por nuestra parte, consideramos que esa fase tuvo especificidades en nuestra América: las formaciones sociales inca y azteca tuvieron más bien un modo de producción comunal-tributario, distinguiendo entre modo de producción y formación social, siendo ésta una categoría de análisis más global, evitando caer en el reduccionismo económico, que hace del modo de producción de *desideratúm* de toda la sociedad, popularizado por Althusser y Marta Harnecker.

Los aztecas invadieron parte del valle de México en el siglo XIV, fundando Tenochtitlán, con más de 500 mil habitantes, la ciudad más grande del mundo junto con Pekín, en el siglo XV.

RESISTENCIA A LA INVASION ESPAÑOLA

Fue generalizada desde las islas del Caribe hasta el Cono Sur. Los pueblos originarios –como los mapuches, cañaris (Ecuador) y charrúas (Uruguay)- que nunca habían sido sometidos a tributo ni a Estado nativo alguno, fueron los que presentaron mayor resistencia a los españoles. En cambio, otros, como los dominados aztecas e incas fueron conquistados más rápidamente; inclusive algunos, oprimidos por el imperio azteca, colaboraron al principio con los españoles, creyendo así liberarse del yugo azteca.

En otras palabras, el régimen de dominación prehispánico, impuesto por los imperios inca y azteca, con su sistema de tributación, preparó las condiciones para la conquista española porque generó la disconformidad en muchas comunidades aborígenes, acostumbrándolas a la tributación que luego, con mayor brutalidad impusieron los europeos.

La prueba es que cuando Hernán Cortés desembarcó en Veracruz –cerca de Chiapas- y puso sitio a Tenochtitlán, numerosas tribus abandonaron a Moctezuma –que se entregó sin combate- y se pasaron al bando español. A contrario sensu, los pueblos comandados por Cuauhtémoc- el verdadero héroe de la resistencia- combatieron con todas sus fuerzas hasta la muerte de su líder en 1531. Paralelamente, de 1524 a 1528, en Oaxaca –también cerca de Chiapas- los zapotecas pusieron en jaque a los invasores. En la década de 1540-50 resurgió la resistencia en el nordeste, en Nueva Galicia, Jalisco, Aguas Calientes, Michoacán, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, obteniendo victorias sobre los españoles hasta ser derrotados en 1541 en Guadalajara. A fines del siglo XVI estalló la guerra chichimeca que estremeció a la Colonia. Los indígenas volvieron a la carga en 1660 en Nuevo México, Oaxaca y especialmente Tehuantepec (próximo a Chiapas), donde se dio un levantamiento de 200 poblados que implantaron un poder local durante un año. En 1691-92 estalló otra rebelión a raíz de la hambruna provocada por la crisis económica en Tlaxcala (también cerca de Chiapas). El siglo final de la Colonia será testigo de un nuevo tipo de propuestas protagonizadas por mestizos e indígenas que trabajaban, como mano de obra barata, en las minas y haciendas del incipiente capitalismo primario exportador.

LA INDEPENDENCIA A MEDIAS

La revolución por la Independencia alcanzó a cortar el nexo colonial con España. Pero fue incapaz de cambiar la estructura económica heredada de la Colonia, al no acometer las tareas que caracterizan a una revolución democrático-burguesa, como son la reforma agraria, la industrialización y el ensanchamiento del mercado interno. Comenzó siendo instrumentada de manera elitista por fracciones de la burguesía criolla, pero pronto fue desbordada socialmente al darse una combinación de guerra por la Independencia con guerra social y étnica, especialmente en Bolivia con Murillo y el cura Muñecas y en México con Hidalgo y Morelos.

En 1810, el cura Miguel Hidalgo, portando como estandarte la virgen india de Guadalupe, encabezó la rebelión contra los godos. Si bien es cierto que el grueso de su ejército popular estuvo integrado por mestizos y peones rurales y de las minas, no puede desestimarse la participación de los pueblos originarios, en particular los indígenas “laboríos” (endeudados) separados a la fuerza de sus comunidades. Fusilado en 1811 el “generalísimo de las Américas”, tomó sus banderas José María Morelos, quien planteó no sólo la independencia política sino también la división de la propiedad territorial. En la lucha por este proyecto de dividir la propiedad agraria, Morelos al igual que Hidalgo, tuvo una posición ambigua, y a veces, crítica a la posición comunal indígena de la tierra. De todos modos, la gesta de Hidalgo y Morelos, estrechamente ligada a las demandas de los oprimidos, quedó en la memoria histórica de su pueblo. En 1844 se alzaban los aborígenes de Puebla y Oaxaca.

UN PUEBLO SECCIONADO POR DOS

La conquista de vastos territorios mexicanos por parte de Estados Unidos a mediados del siglo XIX, significó separar por límites fronterizos a gran parte de la población aborigen del norte de México.

La nación latinoamericana que más sufrió las conquistas territoriales de Estados Unidos fue México, al perder en la década de 1840 lo que actualmente son los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado, Kansas, Nevada, Utah y Wyoming y la parte más rica de California. En total, casi dos millones de kilómetros cuadrados, es decir, la mitad del territorio que tenía México luego de la Independencia política.

La conquista de estos territorios se inscribía dentro del plan yanqui de expansión al océano Pacífico, para lo cual era clave el dominio de California donde pronto adquirió relevancia el puerto de San Francisco. Después de apoderarse de Texas en 1847, Estados Unidos declaró la guerra enviando miles de soldados, unos por tierra al mando del general Taylor, y otros por Marx con el fin de ocupar Veracruz. A pesar de la orden de entregarse dada por el presidente Santa Anna, el pueblo mexicano estuvo a punto de derrotar al ejército de ocupación en la batalla de Angostura en febrero de 1847. Los mestizos e indígenas resistieron a los 12 mil soldados yanquis en una marcha de Veracruz a Ciudad de México. Otro de los objetivos de Estados Unidos era controlar el istmo de Tehuantepec (cercano a Chiapas) para construir un ferrocarril que uniera el Atlántico con el Pacífico. Ante esta invasión norteamericana, los pueblos originarios y los mestizos mostraron nuevamente su fuerza histórica.

Victorioso en la Guerra de la Reforma (1857) sobre los conservadores, Benito Juárez nacionalizó en 1859 los latifundios de la Iglesia Católica, que pasaron a ser monopolizados por los hacendados que posaban de liberales, hecho denunciado por un sector radical, denominado “los rojos”, por salir en defensa de los pueblos originarios.

El objetivo de Juárez, al ordenar el despojo de las tierras indígenas, era redistribuir 2 millones de hectáreas a otra capa de agricultores y, al mismo tiempo, liberar mano de obra en su cruzada modernizante, acorde a los “nuevos tiempos”, que prometía la masonería.

Muy pronto Juárez dejó de ser el “presidente indio”, como lo calificaban despectivamente los ultramontanos conservadores, para los millones de indígenas y campesinos. En 1868 se rebeló Julio César Chávez López en la región de Chalco, al sudeste de Ciudad de México, declarando la guerra a los ricos y proponiendo una sociedad alternativa en su Manifiesto a los Oprimidos.

Mientras que los blancos y parte de los mestizos, las reformas liberales de Juárez significaron la concentración de la propiedad territorial en otras manos, para los pueblos originarios determinaron

un nuevo despojo de sus tierras, inclusive superior al que consumaron durante la Colonia los españoles. Al mismo tiempo, centenares de miles de indígenas fueron obligados a vender su fuerza de trabajo, pasando la relación etnia-clase a convertirse en una constante social clave. El movimiento obrero y campesino mexicano, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, no puede ser comprendido si no se lo relaciona con las etnias y, a su vez, el movimiento indígena sólo puede ser analizado a cabalidad si se lo estudia a la luz de la relación etnia-clase. También la cuestión nacional debía ser abordada de otra manera porque ya no bastaba reducirla a la lucha antiimperialista, sino que debía también abarcar el problema étnico de las nacionalidades originarias.

ANTECEDENTE IDEOLOGICO DE CHIAPAS

En el levantamiento de Chalco, el dirigente campesino Julio César Chávez López, dijo en su manifiesto de 1868: “¿Con qué derecho se han apropiado algunos individuos de la tierra que debería ser de todos? Queremos la tierra para sembrar en ella pacíficamente y recoger tranquilamente, quitando desde luego el sistema de explotación; dando libertad a todos, para que siembren en el lugar que más les acomode, sin tener que pagar tributo alguno; dando libertad para reunirse en la forma que más crean conveniente, formando grandes o pequeñas sociedades agrícolas que se vigilen en defensa común, sin necesidad de un grupo de hombres que le ordene y castigue. Queremos abolir todo lo que sea señal de tiranía entre los mismos hombres viviendo en sociedades de fraternidad y mutualismo, y estableciendo la República Universal de la Armonía”. El empleo del término Armonía ¿no estaría inspirado en la Comuna “nueva Armonía”, fundada por Robert Owen, el socialista utópico inglés en Estados Unidos en 1825? El líder campesino terminaba su proclama, escrita sólo 20 años después del Manifiesto Comunista de Marx y Engels, con una frase insólita para aquellos tiempos: “Queremos el socialismo que es la forma más perfecta de convivencia social”.

Al año siguiente, el mismo Chávez escribía a Francisco Zalacosta: “Hay mucho descontento porque todos los generales quieren apoderarse de las tierras. ¿Qué le parecería a Ud. Que hiciéramos la revolución socialista?”.

Chávez cayó varias veces preso y otras tantas se fugó, hasta que fue fusilado por orden de Juárez. Francisco Zalacosta era un joven artesano anarquista mexicano, relacionado con Plotino Rhodakanaty, llegado de Grecia en 1861, que contribuyó a organizar el movimiento obrero y campesino. Junto a Zalacosta y otros fundó en Chalco –no muy lejos de Chiapas- un centro de capacitación popular que llamó Escuela de la Razón y el Socialismo o Escuela Moderna Libre.

Rhodakanaty trató de adaptar el socialismo utópico a las especialidades de América Latina tomando en consideración la influencia cristiana y la enorme gravitación del movimiento indígena y campesino. En la década d 1860 editó una “Cartilla Socialista o sea un Catecismo Elemental de la Escuela Libre de Carlos Fourier”, donde las preguntas y respuestas siguen el modelo del catecismo cristiano, haciendo un notable esfuerzo –similar al realizado por Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar- por escribir en un lenguaje sencillo, con ejemplos adaptados a la realidad mexicana. Asimismo, creó un falansterio, donde se educaron jóvenes obreros, artesanos, campesinos e indígenas. En el periódico “El Socialista” escribió: “Hoy los pueblos comienzan a organizarse bajo los saludables principios del socialismo cristiano”. En la cartilla citada había dicho: “Si a la sombra fatídica de la autoridad gubernamental nos morimos de hambre legalmente bajo la salvaguardia de la ley, ¿no es mejor apelar a un orden más natural y libre? Ensayemos y de la experiencia surgirá nuestra felicidad común. ¡Pueblos! No más gobiernos”.

Una vez más el pueblo mexicano tuvo que combatir para resistir la invasión de Francia penetrada en diciembre de 1861. Más de 6 mil soldados franceses ocuparon Veracruz y luego atacaron Puebla, siendo rechazados pero a mediados de 1863 lograron ocupar Ciudad de México, proclamando emperador a Maximiliano, de la casa real de Habsburgo.

La resistencia, organizada en guerrillas, obtuvo importantes triunfos en 1865, pasando a la ofensiva final contra u reforzado ejército francés de 45 mil hombres más 25 mil conservadores mexicanos. Maximiliano y Carlota se acantonaron en Querétaro, siendo derrotados el 15 de mayo de 1867. Benito Juárez surgió de esta segunda guerra anticolonial con un prestigio incontrarrestable. Como siempre, los que pusieron los muertos fueron los artesanos, campesinos, indígenas y el incipiente

proletariado, cuyo valor fue cantado por los primeros corridos rescatados por Amparo Ochoa, recién fallecida, lamentablemente: “El francés retrocedía/cuando miraba al valiente/que con grandiosa osadía/con su guerrilla combate/Michoacán fue su guarida/fue el sitio de sus hazañas/y como buen guerrillero/tuvo siempre buenas mañas./Los franceses le temían/porque él no conocía el miedo/y a su nombre a más de cuatro/se les arrugaba el cuero”.

Segunda parte...

LA SOMBRA DE ZAPATA

Luego de un período de retroceso, los pueblos originarios de México enfrentaron la dictadura de Porfirio Díaz en 1877-78 en Tula, La Huasteca y Pachuca (un poco al norte de Chiapas), preparando las condiciones para realizar el Primer Congreso de los Pueblos Indígenas en 1879. Durante la década siguiente hubo nuevos levantamientos indígenas en Tamazunchale, en Jutichán, Guerrero y Papantla (al este de Chiapas), respaldados por el sacerdote Felipe Castañeda.

Paralelamente, se desarrolla la “Guerra de Castas”, iniciada en Sonora en 1870 y continuada en Yucatán (sudeste de Chiapas), que se prolongó hasta el fin del siglo, liderada por Cecilio Chi, quien logró reconquistar dos tercios de las tierras de la zona. En 1858 más de 50 mil indígenas y campesinos habían ocupado Mérida y Campeche; a pesar de estar sitiados por el ejército, lograron organizar un Estado independiente. En un territorio que iba de Tulum al lago Bacalar, con su capital Cham Santa Cruz, trataron de darse una vida autónoma, siendo aplastados recién en 1901.

Años más tarde, en 1856, se habían sublevado seis mil tzolziles de Chiapas contra la ley de desamortización de tierras y contra los nuevos impuestos siendo derrotados por el ejército al mando del general Ignacio Cayazo. En la década de 1860-70 surgió el bandolero social Manuel Lozada, “el tigre de Alicia”, quien colaboró –cual Robín Hood- con los nativos de la Sierra Nayarit, donde alcanzó a formar un embrión de Estado de los pobres. A su muerte, el diario *El Siglo XIX* del 15 de febrero de 1873 anotaba: “Lozada tenía razón al decir que una vez tomada Guadalajara, cien mil hombres se unirían a él. Antes de batirse, había enviado a sus enemigos a todos los pueblos, llamando a la gente a unirse a él para una sublevación general”.

En 1875 comenzó la “Guerra de Castas” de los indígenas yanquis que duró hasta 1926. Su líder, Cajene, aprovechó la guerra civil entre los blancos para confederar a sus hermanos yaquis, a los de Sonora y los mayas (incluidos los chiapanecos) con el fin de recuperar las tierras. En 1877 se produjo una vasta rebelión en Huastecas y Sierra Gorda. Ochocientos indígenas y campesinos, encabezados por el cura Zavala y el nativo Juan Santiago, se lanzaron a la reconquista de sus tierras al grito de “Muerte al Pantalón”, es decir, muerte a los opresores, representados en el uso del pantalón. La insurrección se extendió al Estado de Hidalgo, cuyo gobernante llegó a calificarla de guerra “comunista”. El periódico “*El Socialista*” señalaba en 1878: “La pretendida revolución comunista gana cada día en Hidalgo. Ese Estado no podrá estar en paz en tanto persista la agitación, es decir, el despojo de los pobres ricos”.

El 1º de junio de 1879 se rebelaron 1.300 campesinos de Querétaro y Guanajuato, levantando el Plan Barranca que, entre otros puntos, planteaba la realización de un congreso agrario para luchar por la devolución de las tierras a los indígenas. Al mes siguiente volvió a estallar otra insurrección en Sierra Gorda, que llegó a proponer una República de los Trabajadores, con un plan preciso de reforma agraria. En 1884, 1891 y 1896 volvieron a rebelarse los indígenas protestando por la expropiación de las tierras comunales. En 1893 se insurreccionaron los indígenas de Chihuahua por el despojo de sus tierras cometido por las compañías forestales.

Como puede apreciarse, los pueblos originarios de México no le dieron tregua a la dictadura de Porfirio Díaz, hasta que lo voltearon, junto a los campesinos, obreros y capas medias en 1910.

Iniciado en 1910 como un movimiento de carácter demoburgués, el proceso se transformó en el curso de la lucha en la revolución campesino-indígena más importante de la historia

latinoamericana. Mientras los liberales aspiraban a redistribuir la renta nacional de un modo diferente al del dictador Porfirio Díaz, los campesinos e indígenas combatieron por recuperar la tradición colectivista milenaria de la tierra, que significa tanto el terreno como la cultura y la cosmovisión.

El capitalismo modernizante necesitaba a toda costa terminar con los “pueblos libres”, nucleados alrededor de sus tierras ejidales. Es precisamente allí –dice Adolfo Gilly- donde se mantuvo la organización comunal –con tradición de siglos- que los indígenas la catapultaron en 1910, convirtiéndola en el centro político-social-étnico de la gran revolución campesina.

IRRUMPEN ZAPATA Y PANCHO VILLA

Las huelgas obreras redobladas desde 1906 en Cananea Mining Company, en Río Blanco (1907), encabezadas por los hermanos Flores Magón y otras de textiles y ferroviarios, se combinaron con las rebeliones indígenas, especialmente de los yaquis, de 1908 a 1911.

Francisco Madero, uno de los hacendados más ricos, trató de negociar con Porfirio Díaz para preparar un tránsito pacífico de la dictadura a la democracia formal. Pero al no ser escuchado, se vi obligado a iniciar la rebelión. Aprovechando la coyuntura, se alzaron los campesinos, mestizos y peones ocuparon las tierras, en un movimiento que demagógicamente había prometido el hasta ayer “revolucionario” Madero. Entonces comenzó una nueva etapa de la revolución mexicana, caracterizada por el enfrentamiento entre el gobierno y las zonas influenciadas por Emiliano Zapata y Francisco Villa, estableciéndose de hecho el poder dual.

Zapata se había alzado en Morelos, región azucarera, donde los indígenas y mestizos pobres constituían la mayoría absoluta de los pobladores, quienes exigían el reparto de las tierras en manos de los latifundistas y el respeto a sus terrenos ejidales. Respaldado por un poderoso ejército popular campesino, Zapata lanzó el Plan de Ayala en 1911, en el que se planteaba sin vacilaciones la recuperación de las tierras que habían pertenecido secularmente a los pueblos originarios. El zapatismo llegó a controlar en 1912 los estados de Morelos, Puebla, Tlaxcala y Guerrero.

A esta altura del proceso se había producido un desfase –que fue fatal para el triunfo revolucionario- entre el movimiento obrero y el campesino, debido a la actitud oportunista de los dirigentes sindicales que apoyaban al gobierno. Se vio claramente que no siempre en América Latina el proletariado es la fuerza motriz del cambio social y que sí puede serlo –en ciertas coyuntura- el campesinado y el movimiento indígena, conclusión y experiencia de la revolución mexicana que nunca supo procesar adecuadamente muestra Izquierda latinoamericana, empeñada en calcar el modelo europeo, a pesar de las advertencias de Mariátegui.

Mientras tanto, Pancho Villa se alzaba en la región norte, respaldado por franjas campesinas y obreras diferentes a las de Zapata: jornaleros agrícolas, ferroviarios y bandidaje social, provocando dolores de cabeza tanto a la burguesía criolla como a la norteamericana, especialmente de California.

Viendo que Madero no era capaz de enfrentar la insurrección campesina, los terratenientes, la burguesía industrial –más desarrollada en México que en otros países, exceptuando Brasil y Argentina- y los grandes comerciantes, estimulados por Estados Unidos, promovieron un golpe de Estado colocando como presidente a Victoriano Huerta en febrero de 1913. Pronto se alzó Venustiano Carranza, autor del Plan de Guadalupe, que planteaba reivindicaciones democráticas, aunque no incluía las aspiraciones de los campesinos e indígenas.

Independientemente de Carranza, los líderes reales de la revolución, Zapata y Villa avanzaron hacia la Ciudad de México, luego de liquidar en toda la línea al ejército; primera vez en la historia contemporánea latinoamericana que el ejército burgués ha sido derrotado en forma aplastante. (La segunda vez fue en las jornadas de abril de 1952 en Bolivia).

Y entraron a Ciudad de México en octubre de 1914. Pero en lugar de asumir el poder político, Zapata y Villa resolvieron retornar a la lucha por la tierra, dejando el gobierno a los más “instruidos” por considerar que para ellos “ese rancho está muy grande”, como dijeron textualmente, mostrando de manera inequívoca que no tenían una estrategia de poder ni un claro plan de derrocamiento del sistema capitalista.

ASESINATO DE ZAPATA

En 1918, el gobierno de Carranza asesinaba a Zapata tras hacerlo caer en una traidora celada, bajo pretexto de llegar a un acuerdo pacífico. Al año siguiente era fusilado Pancho Villa.

Antes de ser vilmente asesinado, Zapata impulsó en Morelos comunas campesinas, orientadas por Manuel Palafox. De facto, los campesinos e indígenas de Morelos forjaron un poder autónomo, que expresaba de manera frontal la dualidad de poderes que hubo en México entre 1911 y 1918. Este poder campesino se basaba en un sistema autogestionario colectivista que venía del fondo de la historia.

Los hermanos de causa de Zapata guardaron en la memoria histórica esta experiencia, revivida hoy por los insurrectos de Chiapas. Los corridos se encargaron de popularizarla: *“Escuchen señores. Oigan el corrido/de un triste acontecimiento/pues en Chinameca fue muerto a mansalva/Zapata, el gran insurrecto/Abril de mil novecientos/dieciocho, en la memoria quedará del campesino/como una mancha en la historia./ El buen Emiliano que amaba a los pobres/quiso darles libertad;/ por eso los indios de todos los pueblos/con él fueron a luchar./Estrellita que en las noches/te prendes de aquellos picos/¿dónde está el jefe Zapata/que era azote de ricos?/Decía a su fiel asistente/cuando andaba por las sierras:/mientras yo viva, los indios/serán dueños de sus tierras.*

La insurrección mexicana inicia el ciclo de las grandes revoluciones del siglo XX en el mundo. Sólo es comparable en ese tiempo con la insurgencia nacionalista de Sun-Yat-Sen en China y la rebelión anticolonial del Riff, en Marruecos. A nivel latinoamericano, no hay dudas de que la Revolución Mexicana influyó en todos los procesos de cambio vividos desde 1910, como quizá acontezca con el levantamiento de Chiapas, que es el primero en resonancia después de la caída en Europa Oriental del llamado “socialismo” real.

“REVOLUCIÓN” INSTITUCIONALIZADA

Con la ideología de la “revolución” institucionalizada, a partir de la Constitución de 1917, Carranza y luego Obregón lograron mediatizar el fervor popular, con excepción de los anarquistas, creadores al calor de las huelgas de 1915-16 de la Confederación del Trabajo a su vez, el gobierno trató de contrarrestar esta influencia, promoviendo uno de los primeros procesos de estatización sindical en América Latina al organizar, vía Estado, la Confederación Regional Obrera Mexicana, colocando al frente al burócrata, Luis Morones.

Consolidado en el poder, Obregón lanzó el anatema contra las comunidades indígenas: “Ha llegado el momento de terminar con el problema yaqui, de borrar esa mancha que desde hace 2000 años (sic.) macula a México”. Así reaccionaba el reformismo burgués contra quienes habían contribuido decisivamente a derrocar a la larga dictadura de Porfirio Díaz, facilitando el acceso a la democracia.

Desde entonces hasta el gobierno de Cárdena, los campesinos e indígenas sufrirán una persistente represión. La primera respuesta fue encabezada por Díaz Soto con la fundación del Partido Nacional Agrarista en 1920, que pronto entró en contacto con Felipe Carrillo, quien en su calidad de gobernador estaba haciendo una experiencia de poder local en Yucatán y Campeche, cerca de Chiapas. Carrillo inauguró “los jueves campesinos” para colaborar en educación social y política, al mismo tiempo que distribuía 210.000 hectáreas a 36 comunidades, hasta que fue asesinado en 1924 por una elite latifundista.

Paralelamente, se afianzaba la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz, no muy distante de Chiapas, donde se había desarrollado un movimiento campesino tan fuerte como el de Yucatán y Morelos, apoyado por el Sindicato Revolucionario de Inquilinos. Esta Liga organizó en marzo de 1933 el primer congreso de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz. También en Michoacán se dio un fuerte movimiento que reclamó tierras, dirigido por el líder campesino Primo Tapia, quien llegó a plantear que no sólo nuevas tierras sino también las grandes las grandes empresas de algodón, azúcar, arroz y henequén deberían ser “entregadas como un todo” a los campesinos.

La represión gubernamental y de los terratenientes fue enfrentada con una férrea unidad. Bajo el liderazgo de Ursulo Galván, en 1926, las organizaciones campesinas de Veracruz, Michoacán y Morelos fundaron la Liga Campesina Nacional con 300 mil afiliados, levantando el programa del

perfeccionamiento del sistema ejidal, desarrollo cooperativo, socialización de la tierra y vínculos con otros campesinos de América Latina.

Bajo la presidencia de Emilio Portes Gil se acentuó la política represiva en contra del campesinado, cuyo disconformismo fue aprovechado por la Iglesia Católica para desencadenar en 1929 la rebelión de los “cristaleros”, que terminó rebasando a la propia Iglesia a través de combates con más de 30 mil campesinos armados con un programa propio, sin jefes ni caudillos, aunque uno de ellos pudo haber sido el intelectual latinoamericanista José Vasconcelos.

LAZARO CARDENAS Y LA REFORMA AGRARIA.

Cárdenas, triunfante en las elecciones de 1934, impulsó la nacionalización del petróleo –una de las primeras nacionalizaciones antiimperialista de América Latina- y también una profunda reforma agraria. Fue uno de los primeros en implantar una forma de bonapartismo *sui generis*: apoyarse en una clase para golpear a otras y viceversa, aparentando estar por encima de las clases para garantizar un mayor desarrollo capitalista, como lo hizo posteriormente Perón. Este nuevo populismo, de índole nacionalista, se propuso “ordenar” las relaciones entre las clases en el campo, con el fin de reactivar y mejorar la productividad agrícola.

Para evaluar el plan agrario de Cárdenas bastaría señalar que bajo su gobierno se repartieron a los campesinos 17.890.000 hectáreas en contraste con las 7.684.000 hás. Distribuidas desde 1917 a 1934 por los gobiernos de Carranza, Obregón, Huerta, Calles, Portes, Gil, Ortiz y Rodríguez. Las tierras ejidales aumentaron de 13% a un 47% y la producción agrícola en 43%. El objetivo de Cárdenas fue alinear a los campesinos tras su programa, convirtiéndolos en celosos guardianes del orden a cambio de tierras, créditos, regadío y caminos. El Estado se propuso organizar desde arriba a los campesinos, como explícitamente lo dijo Cárdenas en uno de sus discursos: “Piense, la clase campesina, en sus obligaciones, en ser guardianes de la paz pública y así pondrán al ejecutivo en aptitud de velar por sus intereses”. La figura del hacendado, del cacique y caudillo comenzó a ser sustituida por la del funcionario agrarista del Estado.

Sin embargo, los enfrentamientos más frecuentes fueron entre los campesinos e indígenas y los terratenientes, que se resistieron a aceptar la reforma agraria. En los primeros 18 meses del gobierno de Cárdenas hubo 53 choques violentos entre campesinos y latifundistas. Estos adhirieron a la ideología sinarquista, explicitada en 1937. El sinarquismo (viene de sin anarquía) era un híbrido fascismo, corporativo, fanatismo religioso e hispanofilia, con el fin de llegar a un gobierno teocrático, es decir, una sociedad regida por las leyes de Dios, obviamente interpretadas por la Iglesia Católica según sus intereses terrenales. El sinarquismo argumentaba, con una alta dosis de discriminación racial, que la herencia hispana estaba por encima de la herencia hispana estaba por encima de la herencia indígena. Hernán Cortés y no Hidalgo era el verdadero héroe de la patria. El diablo era Juárez, representante del liberalismo y la masonería. Parece increíble pero fue cierto: con esta ideología el sinarquismo llegó a incorporar a más de 200 mil personas fuertemente armadas.

La política nacionalista de colaboración de clases de Cárdenas se expresó hasta en el arte y la música. Las combativas letras de los corridos fueron reemplazadas por las rancheras, interpretadas por Jorge Negrete, Pedro Infante, Tito Guizar, Pedro Vargas y otros, con letras románticas y cursis. Se tergiversó el pasado revolucionario para reemplazar al hacendado por el charro elegante, paradigma de macho, con su caballo alazán y traje bordado como si continuara siempre “siendo el rey”. Como respuesta artística contestataria surgieron desde el fondo de la historia los impresionantes murales de Diego Rivera, Orozco y otros.

CHARRISMO Y GUERRILLAS

A partir del gobierno de Miguel Alemán (1946, año de fundación del PRI), tuvieron una importante cuota de poder los dirigentes sindicales llamados “charros”, que ejercieron absoluto control sindical con métodos gangsteriles con el fin de impedir cualquier brote de independencia sindical de clase.

Para tal fin se creó la Confederación Nacional Campesina (CNC), apéndice de la CTM, jefaturada por Fidel Velázquez, sucesor de Lombardo Toledano.

No obstante, surgió la Unión Central de Sociedades de Crédito Colectivo Ejidal, y posteriormente el movimiento campesino dirigido por Jacinto López en Sonora, Sinaloa y Baja California. Luego

de salir de la cárcel, Jacinto volvió a dirigir en 1959, con tres mil campesinos, la ocupación de tierras en Ciudad Obregón.

A su vez, sindicatos y ligas campesinas separadas de la CNC formaron en enero de 1963 una organización más combativa: la Central Campesina Independiente (CCI). En 1959 se creó la Asociación Guerrillera, de la cual surgió una combativa guerrilla con apoyo campesino dirigida por Genaro Vázquez. Poco después, entró en escena uno de los líderes campesinos más importantes de México contemporáneo: Lucio Cabañas, quien después de ser apresado, se fugó en 1967 a la montaña, donde fundó el Partido Revolucionario de los Pobres. Preguntado por la estructura de su organización, Lucio respondió en una entrevista periodística: “Ni combates comunicábamos, ni ajusticiamiento, ni nada que el pueblo no quiera... Ser pueblo es la primera tarea. De allí secar la enseñanza del pueblo. Aprender de él, no ser diferente al pueblo, aprender de él, no llegar a enseñar... chocan con el pueblo los teóricos, los que no sacan su teoría del pueblo. Los teóricos del pueblo, esos no chocan con el pueblo. Estudiar la teoría no para imponerla, sino para compararla con la que uno va aprendiendo”.

Las guerrillas encabezadas por Lucio Cabañas, que coincidieron con el auge estudiantil de 1968, se mantuvieron firmes varios años en el Estado de Guerrero porque habían surgido del seno del movimiento campesino, hasta la muerte en combate de Lucio el 2 de diciembre de 1974. En cambio, las guerrillas organizadas desde la ciudad, con militantes estudiantiles y de capas medias, fueron derrotadas rápidamente, como el Comando Armado de Chihuahua, el Frente Único Zapatista, los Comandos Armados del Pueblo y otros que nacieron como respuesta a la masacre de Tlatelolco.

RESURGIR DEL MOVIMIENTO INDIGENA Y CAMPESINO

De 1972 a 1976, durante el gobierno de Luis Echeverría, se produjo un resurgimiento campesino-indígena a nivel nacional que, empleando la contraviolencia, alcanzó a tomar tierras en 26 estados, donde también participaron jornaleros agrícolas, haciendo entrar en crisis las centrales sindicales obreras y campesinas oficiales. Los trabajadores de la Sierra de Juárez en Oaxaca suspendieron el corte de madera exigiendo mejores salarios a la Papelera Tuxpetec. En Culiacán miles de jornaleros se rebelaron, asaltando tiendas de víveres y los ejidarios de Yucatán quemaron los plantíos.

En Chiapas los indígenas de la Rainza, armados de machetes, ocuparon las fincas y liquidaron hacendados; portando una vez más la bandera zapatista de “tierra para quien trabaja” hubo movimientos en Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Sonora, Sinaloa, Oaxaca, Zacatecas y Chihuahua. La represión gubernamental no se hizo esperar. Pero en Yucatán resistieron pueblos enteros con las armas en la mano, especialmente en Chiapas, Puebla y Oaxaca.

Después de un breve lapso de estancamiento, las luchas volvieron a resurgir entre 1979 y 1984. Fue fundada la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) el 14 de octubre de 1979, el mismo año del Centenario del nacimiento de Zapata. Logró agrupar a decenas de miles de campesinos, quebrando el control estatal en el área sindical. Agrupaba a la Unión de Ejidos Independientes de Sinaloa, Unión de Comuneros Emiliano Zapata de Michoacán, Bloque Campesino Independiente de Chiapas y decenas de otras organizaciones de casi todos los estados mexicanos. El combate de los indígenas se reforzó con la realización del V Encuentro de la CNPA en la comunidad indígenas de Chiapas el 12 de julio de 1982. La creación de los Consejos Supremos Indígenas permitió mejorar y hacer más eficiente la organización de los pueblos originarios. 17 millones de indígenas sufrían una triple explotación: como campesinos, como trabajadores asalariados y como minoría oprimida sujeta a discriminación racial y cultural.

En algunas regiones, las luchas de los indígenas tendieron a vincularse con segmentos del campesinado, reivindicando sus etnias: zotziles, zeltalez, yaquis, mayas, huicholes, zinantecas, mayatecos, zapotecas y otras. Sus principales reivindicaciones fueron devolución de tierras y aguas, contra la especulación del comercio y el despotismo estatal, por la libertad de los presos político-sociales y contra las violaciones de las mujeres del pueblo indígena.

LA INSURRECCIÓN DE CHIAPAS

La sierra de Chiapas, al sudeste de México, lindando con Guatemala, es habitada por indígenas de diferentes lenguas, pertenecientes a la cultura maya. Es un área cultural donde conviven hermanos de un lado y otro de fronteras geopolíticas artificiales para ellos. Por eso, lo que pasa de un lado de la frontera es como si lo mismo pasara por la otra, porque está afectando a un solo pueblo-nación. Generalmente en México, al igual que en Ecuador y otras zonas andinas, la palabra campesino engloba indígena, a diferencia de Chile en donde hacemos clara distinción entre pueblos originarios y campesinos, con reivindicaciones distintas. Un mapuche puede ser campesino o trabajador urbano, pero conserva las demandas de su etnia y su cultura. Por eso, cuando leemos que en México se está movilizando el campesinado debemos leer indígena-campesino además de campesinos estrictamente mestizos.

El ejército Zapatista de Liberación Nacional se estuvo preparando tan callado y pacientemente que sorprendió a todos cuando el 1 de enero de 1994 se lanzó a la ocupación masiva de pueblos. No se entrenó en una sierra asilada como hicieron otros grupos de carácter foquista. Sus cuadros maduraron en la nativa selva de la sierra, que es su hábitat de siglos, la Sierra Lacandona. “Esta es una organización –ha dicho el subcomandante Marcos- que lleva diez años preparándose sin hacer ni un asalto, ni un robo ni un secuestro”. En todo caso, si lo hicieron han sido muy sabios en callarlo, no como algunos grupos armados de América Latina que ni bien termina una operación la reivindica para –supuestamente- capitalizarla políticamente, sin percatarse que eso significa el recrudecimiento de una represión focalizada, olvidando que lo básico es la desinformación.

El EXLN tomó no sólo la iniciativa militar sino también la iniciativa política estratégica. Ya tiene detrás de sí a la mayoría del pueblo mexicano, porque su acción cambió el panorama político nacional, haciendo entrar en crisis el cronograma del Partido Revolucionario Institucional (PRI), desde el cuestionamiento de sus fraudes electorales hasta su propio candidato a presidente, designado a “dedazo”.

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que la insurrección de Chiapas ha cambiado la historia contemporánea de México.

Chiapas es una nueva y ancestral luz para los pueblos; una lección de táctica y estrategia para la Izquierda revolucionaria y una experiencia decisiva para los núcleos de avanzada por los movimientos sociales de América Latina. La desesperanza comenzará a superarse con el mestizaje zapatista en momentos en que el cielo estaba negro de nubarrones. ¡Caramba que es cierta aquella frase: “Mientras más cerrada está la noche más cercano está el amanecer”!.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006